Cuaspud

Escribe: ALBERTO MONTEZUMA HURTADO

A muchas gentes cándidas y humildes de las provincias del Carchi e Imbabura debió causarles verdadero espanto la noticia de la guerra con los Estados Unidos de Colombia, por la aureola diabólica que rodeaba a los colombianos, por lo menos a su jefe y presidente el general Tomás Cipriano de Mosquera, de quien se decía que era rojo, masón, hereje, casi el Anticristo, y que mantenía estrechas relaciones privadas con el diablo, despidiendo el mismo olor de azufre y aceite, característico (?) del emperador del Averno y de sus típicas legiones de monstruos y satanases. Debieron menudear los actos de contrición y las plegarias al cielo, lo mismo que el besar el piso de las iglesias y el santiguarse con agua bendita por parte de las beatas de Quito, cuando ya la guerra se hizo inevitable, sin otra explicación para la gran mayoría de los ecuatorianos que una supuesta defensa de la religión y tal vez, de la soberanía de la patria.

En realidad, nada hay más confuso que los preliminares y las razones mismas de la contienda. Es cierto que el gobierno de don Gabriel García Moreno encontraba altamente peligrosa una posible inteligencia entre su mortal enemigo el general José María Urbina y el presidente de los Estados Unidos de Colombia, y sin duda juzgaba igualmente peligrosas las ideas de Mosquera acerca de una federación grancolombiana, dado el carácter autocrático y la acendrada religiosidad del beatífico don Gabriel, pues así lo dio a entender en su Mensaje de agosto de 1863 a las Cámaras Legislativas: "Terminada la guerra civil, la Confederación Granadina ha pasado a formar los nuevos Estados Unidos de Colombia, con los cuales conservamos buenas y amistosas relaciones. Habiéndome invitado poco ha su primer presidente el general Tomás Cipriano de Mosquera, a una entrevista en las orillas del Carchi, la he aceptado con franqueza y en la misma

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

forma le he manifestado que la fusión del Ecuador en aquellos estados es absolutamente imposible. Las reformas religiosas y políticas introducidas allá no son propias para borrar el Carchi sino para hacerlo más profundo y, por otra parte, nuestra Constitución y la opinión pública son barreras insuperables". Estas últimas frases, innecesarios brotes de petulancia, no habrían de caer como un sedante en el temperamento hiperestésico del general Mosquera.

De todos modos, los anteriores han podido ser asuntos para tratar entre Cancillerías, pero no motivos determinantes de un estado de guerra. Lo que no se sabrá nunca es hasta dónde presionaron la decisión ecuatoriana los resentimientos y las aprensiones de don Gabriel, sus malos recuerdos de la derrota anterior, a manos de otro colombiano, en las Gradas de Tulcán, un secreto deseo de vengarla en persona de categoría más elevada y vistosa, una ilusión sincera de convertirse en un gran campeón católico, en una especie de Torquemada militar o de Quijote religioso, exterminador de legislaciones impías, irreconciliable adversario de apóstatas y heresiarcas; por último, la memoria fresca y lacerante de su más grande amor, asaltado por un don Juan nacido en Colombia. Este detalle final parece de una frivolidad enternecedora, pero es bueno recordar a Troya destruída por las maléficas repercusiones del amor. Por otra parte, ni la Cancillería ecuatoriana, ni García Moreno, ni su mentor insustituíble, el general Juan José Flores, podían haber olvidado los sueños del último de colocar la línea fronteriza en el Guáitara o encima del Guáitara, y no eran frecuentes las oportunidades para realizar sus callados designios. En esta vez los Estados Unidos de Colombia acababan de salir de una furiosa guerra civil, por todas partes apuntaba sus cuernos la reacción y todo tenía el país menos paz y unidad. Tan obsesionado estaría el general Juan José, antiguo peluquero de José Tomás Boves, con la terca ilusión de los hitos de la frontera, que el 21 de noviembre del mismo año de 1863 lanzó una proclama a sus soldados, en la cual, entre varias altisonancias se leía la siguiente: "Que el caballo del Guayas en su primera carrera, salve la línea del Carchi y beba jadeando las aguas del Guáitara".

Por su lado, el gobierno de los Estados Unidos de Colombia alimentaba vanas aspiraciones hacia una nueva unión grancolombiana, al estilo de la cristalizada en el Congreso de Angostura, lo que podía ser plausible, pero ilusorio, una vez consolidadas

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

tres naciones diferentes, con estructuras adecuadas a sus intereses y a su espíritu, que ni siquiera después de la independencia lograron conservar por mucho tiempo el fervor cohesionado de su vida libre y la noción de su fuerza conjunta. Autorizado por la Convención Nacional, el general Mosquera se imaginó que podía tratar mano a mano acerca de ese problema y de cualquier otro menos sublime, con el presidente del Ecuador y el 15 de mayo lo convidó a un trascendental palique de presidentes en la frontera. Dos meses demoró su respuesta el intransigente don Gabriel, en la que hizo hincapié sobre su renuncia a tratar nada que significara refundir las dos "nacionalidades en una sola bajo la forma de gobierno adoptada en vuestra República", y ofreció ir a la frontera hacia el 15 de agosto, después de instalar el Congreso. Reunido este, produjo el Mensaje ya citado, con las inútiles frases sobre las honduras del Carchi y comenzó a meterse él mismo en honduras al despertar los hipocondrios del general Mosquera que por cierto, no dormían nunca con ambos ojos. No teniendo ya Congreso para dirigirse a su vez, el perilustre ciudadano de Popayán se dirigió a los caucanos por medio de una proclama en que les hizo invitaciones exaltantes: "Venid conmigo a los confines del Sur a afianzar la libertad y unificarnos por sentimientos fraternales con los colombianos del Ecuador que necesitan no nuestras armas sino nuestros buenos oficios para hacer triunfar en la tierra de Atahualpa que, la primera en Colombia, invocó la libertad y el derecho en 1809".

Pudo, pues, la arrogancia de don Gabriel mortificar al general Mosquera, pero de tal situación no se seguía forzosamente el empleo de las armas. Cabe pensar que una violenta antipatía relampagueaba entre los dos mandatarios, apenas velada por los cortinajes de la cortesía internacional, y fuertemente reforzada por la evidente pugnacidad de sus respectivos sistemas de gobierno, por sus miras personales y la desmedida concepción que cada uno de los dos tenía de sí mismo. Basándose en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador, don Luis Robalino Dávila califica al general Mosquera de "autoritario, vehemente, violento, hombre sin escrúpulos, viejo zorro, político de escondites, intrigante de 'toupet' mostruoso, enredijo de todos los cálculos verídicos y mendaces, imaginarios y reales, todos egocéntricos". Y el mismo biógrafo se expresa así de don Gabriel: "olímpicamente orgulloso, iracundo, cruel en ocasiones, polemista terrible, ligero en sus juicios y en sus actos, poco previsivo, propenso a no ver sino el resultado inmediato de sus

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

acciones, espíritu de inquisidor, apeló al empleo funesto de la violencia para subir al poder y mantenerse en él, al desprecio por la legalidad, al desparpajo para intervenir en elecciones...". Dos sujetos de semejante armazón moral difícilmente subsisten en estrecho vecindario, bajo el mismo sol y en el mismo nivel de gloria, uno de los dos tiene al fin que eclipsarse o por lo menos disminuir su propio resplandor. De manera que, razones que no son propiamente ni de derecho ni de Estado, sino egoístas, humanas, personalísimas, se enredaron entre otros antecedentes de la guerra y le dieron vigor, colorido y suceso irremediable.

A sus condiciones de altanería y cálculo, vio reunidos el mandatario ecuatoriano los desplantes de su joven plenipotenciario Antonio Flores, hijo del general Juan José, destacado ante el presidente Mosquera para asistir en nombre y representación de don Gabriel a la entrevista de la frontera. El novel diplomático tuvo entrada de "mataor" y al entregar sus credenciales le habló al general de "cimitarras musulmanas", de "franqueza militar", de "escándalo inaudito" refiriéndose al creciente roce entre los dos países. Después de conversar varias veces con don Manuel de Jesús Quijano, Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, sobre un posible tratado de paz y amistad, el mancebo Flores se marchó a Tulcán con el pretexto de preparar la venida de su presidente al Carchi. Mosquera pasó a Ipiales con el propósito de esperarlo y por segunda vez se quedó esperando al gran incumplido, con lo cual el desaire subió de punto, lo mismo que la indignación del general. El Canciller escribe entonces al mancebo recordándole el tratado y el plazo que tiene para dar su respuesta, y el mancebo, con todo el orgullo de su apellido y la insolencia de que padecían casi todos los personajes más visibles del Ecuador en esa época, contesta que los magistrados ecuatorianos "no son postillones que se hallan a merced de ningún gobierno advenedizo".

Siguen luego a las explicaciones las contra-explicaciones, el plenipotenciario imberbe apela al catarro epidémico que ha invadido a Quito, para excusar las demoras del presidente García Moreno y de su señor papá Juan José Flores, el mismo que fuera derrotado a palos en Pasto por los facciosos de Agualongo, pero al fin, restablecido el héroe de la dolencia catarral, escribe a Mosquera desde Ibarra, diciéndole que complacido se entrevistará con él en territorio ecuatoriano, "pues no sería decoroso que el general en jefe de los ejércitos del Ecuador fuese en busca

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

suya a territorio colombiano". Estos fatuos gracejos de Flores, antiguo sirviente de don Sebastián de la Calzada, desquiciaron el ánimo del general Mosquera y es preciso convenir que a cualquiera se le desquicia en condiciones similares, por más que lo mantenga en hielo. El correo de gabinete del héroe de los palos de Pasto, coronel Agustín Guerrero, tuvo ocasión de comprobar el estado de ánimo del general Mosquera: entregada la carta en cuestión, el antedicho coronel se vio en el caso de retirarse a marchas forzadas para no oír los epítetos cuartelarios que le endilgó el general y sobre todo, para no tener el desagrado de encarar un pelotón de fusilamiento.

Mientras tanto García Moreno ganaba tiempo: favorecidos por las discusiones diplomáticas, sus estrategas fortifican la línea del Chota y obedeciendo a planes ya trazados para la campaña, comenzaron de pronto a movilizarse hacia el norte el primer Regimiento de Imbabura, con el coronel Julio Sáenz y Fernández Salvador, los batallones León y Vengador 1º y 2º, y otros más, hasta completar 6.000 hombres, de los que 700 eran de caballería, espléndidamente montados, con uniformes al estilo de los coraceros de Francia, 200 artilleros con seis cañones y 5.100 soldados de infantería, procedentes en su mayor parte de Guayaquil, Manabí y Esmeraldas.

"Tengo fe en que usted vencerá a Mosquera y lo tomará vivo o muerto —le decía don Gabriel al generalísimo Juan José—. 'La tardanza no importa ni los recursos faltarán. Cuente con seis mil pesos semanales y con todo el ganado que de aquí se pueda remitir, es decir, setecientas reses por mes, sin incluir las de Imbabura'. Sobre la cifra total del ejército hay discrepancias, como puede observarse entre los datos anteriores y los de don Luis Robalino Dávila, en su Historia del Ecuador: En el Ecuador había entusiasmo por una guerra que tenía para unos caracteres de cruzada religiosa, de la que esperaban otros mejor frontera por el norte y borrar todas las injurias de Mosquera. La Iglesia ecuatoriana, además de muchos donativos, otorgó el sobrante del Diezmo y a pesar de la resistencia del Delegado Apostólico, acabó por consentir grandes sacrificios para acudir a los gastos de la campaña. Se puso sobre las armas cosa de diez mil hombres; se fortificó la línea del Chota bajo la dirección de los coroneles Salazar y Darquea; el 19 de noviembre se

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

hallaban en Tulcán 8.200 infantes y 1.150 jinetes, formando cuatro divisiones al mando de Darquea, Salvador, Maldonado y Dávalos".

Por su parte, el Presidente de los Estados Unidos de Colombia lanzó el 18 de octubre un Informe General a la Nación para explicar los agravios recibidos y exteriorizar sus quejas, se refirió a las ambiciones territoriales ecuatorianas y al tratado concluído con don Julio Arboleda en desconocimiento del gobierno legítimo del país, a los destierros al Napo, a los desacatos de García Moreno y de Flores, al Concordato ecuatoriano, al establecimiento de los jesuitas en el Ecuador y a varios otros asuntos capitales para concluir que el gobierno de García Moreno había "establecido en el Ecuador, tierra clásica de la libertad, el más insospechable despotismo". Emprendió luego marcha hacia la capital de la república con el propósito de convocar el Congreso, dejando en Túquerres e Ipiales algunos destacamentos de la Guardia Colombiana, pero no tuvo tiempo de pasar de Pasto, porque allí lo alcanzó la noticia de que el ejército ecuatoriano sin previa declaración de guerra había invadido el suelo de Colombia mientras "se reclutaba a los colombianos residentes en la república vecina", como dice don José María Cordovez Moure, "se les obligaba al rudo trabajo de fortificaciones en el clima mortífero del Chota y se les tomaban sus propiedades como si fuesen enemigos declarados. En Tulcán se proveía de armas y municiones a los desafectos del orden imperante en Colombia, con el criminal designio de hacer parte del ejército invasor o formar guerrillas para hostilizar y ejercer el infame oficio de espías contra los defensores de la integridad de la patria".

Refiriéndose a la llegada de Flores a la frontera, don Manuel de Jesús Quijano anotó en circular de octubre el hecho de que viajara "con instrucciones pérfidas e insidiosas para todo arreglo con el general Mosquera y para promover en su caso una revolución en Pasto en el sentido de anexión al Ecuador o de la organización de un nuevo Estado independiente, como el mejor medio de destroncar las miras e influencias del partido liberal granadino y de su caudillo. Como una consecuencia de este plan premeditado con anticipación por este gobierno, marchó suficientemente autorizado y mejor dotado José Rosero, alias Chepe, con cuatro caudillos más a desarrollarlo...". Y según parece, en las mismas andanzas se entretuvieron en Pasto, antes de la ocupación de la ciudad por los 700 conservadores del general

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

José Antonio Erazo, antiguo compañero de Arboleda, el coronel ecuatoriano Agustín Santacruz, el colombiano de igual grado Manuel López, un capitán de apellido Pazos natural de Cumbal, Tomás Modesto y Estanislao Insuasti, José Garzón, Víctor Jurado y otros conservadores colombianos aliados del presidente don Gabriel y del generalísimo don Juan José.

"Ante la guerra provocada por el Ecuador —continúa don José María Cordovez— el general Mosquera aceptó sin vacilar la actitud defensiva que había de asumir y expidió en Pasto un decreto por el cual suspendió la marcha del personal que lo acompañaba, excitó al Procurador General para que se encargara del Poder Ejecutivo en los ramos de Hacienda y Tesoro y declaró la república en estado de guerra. Un decreto anterior había elevado el pie de fuerza de la Guardia Republicana a 16.465 individuos de tropa y 1.100 oficiales. Por otras disposiciones fue declarado como zona de guerra el territorio de las provincias de Pasto, Túquerres, Ipiales y Barbacoas, y fueron llamados al servicio "todos los jefes y oficiales que gozaran de pensión del Tesoro Nacional y los de la Guardia Republicana que estuvieren en uso de licencia".

Una vez más se desplegaron en toda su extensión las indiscutibles cualidades de jefe del general Mosquera: su autoridad, su ojo avizor, su energía, su prudencia, y el 18 de noviembre cuatro mil hombres de la Guardia Colombiana cruzaron el Guáitara hacia el sur, repartidos en tres divisiones, así: Primera División, general Rudesindo López, con los batallones Granaderos 1º de la Guardia, Palacé, Voltígeros, Regimiento Guías de Guaitarilla, Milicias de Túquerres y Carioco, Milicia de Pasto. Segunda División, general Fernando Sánchez, con los batallones Zapadores de Amalia, Vencedor en Boyacá 3, Vargas 5, Pasto y Guáitara y medio batallón de artillería Nº 1; y Tercera División, general Gregorio Quintana, con los batallones Rifles de Bombaná, Pichincha, Tiradores 9, Túquerres, Ipiales y Pupiales.

Mientras el lucido ejército del general Mosquera ocupaba a Túquerres, un cuerpo de 700 conservadores, colombianos en su mayoría, al mando del general José Antonio Erazo y de los coroneles José del Carmen y Manuel María López, cuerpo organizado en Tulcán y engrosado en el camino con partidas de Puerres y Yacuanquer, tomó la vía de Funes y Guapuscal y ocupó a Pasto, venciendo obstinada resistencia y cortando la

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

retirada a la Guardia Colombiana. Claro está que para un caso de emergencia le quedaban al general Mosquera otras válvulas hacia el norte, pero eran peores que el viejo camino del Oso constantemente trajinado; hubiera tenido que deslizarse en las espaldas del Galeras, por los mismos senderos y trochas que anduvo el Libertador antes de Bomboná, o por los todavía más difíciles y malsanos de El Castigo hacia el Patía.

En esas condiciones, no debió ser insignificante el desagrado del general y la angustia del partido de gobierno, pues, volviendo al señor Cordovez Moure, "la consecuencia inmediata de la ocupación de Pasto por la División ecuatoriana, fue la absoluta carencia en Bogotá de noticias acerca de la suerte que hubiera corrido el general Mosquera allende el Guáitara, y la consiguiente zozobra de los liberales, porque en el horizonte político se presentaban nubes de aspecto siniestro, en razón a que la reacción conservadora era ya inevitable en el Estado de Antioquia, y en el caso posible de un desastre del ejército en el sur, habría sobrevenido otra guerra civil apoyada eficazmente por el gobierno ecuatoriano, con el propósito de restablecer el gobierno de la extinguida Confederación Granadina y con muchas probabilidades de éxito".

Pero el general era un sujeto duro de pelar, recursivo, experimentado, y para mejorar su situación y disminuir las ventajas del enemigo, comenzó una serie de movimientos, marchas y contramarchas, que luego habrá de explicar en el parte correspondiente y que no fueron más que el desarrollo de un plan minucioso, hábil, certero y sobre todo, secreto, cuya previsión y exactitud habrían de quedar probadas con terrible evidencia el 6 de diciembre de 1863. También el general Flores ejecutó diversas evoluciones, obligado por la interminable movilidad de su enemigo y por fin, después de haberse contemplado como dos felinos, Mosquera desde Cumbal y Flores desde la llanura de Chautalá, se encontraron los dos ejércitos en la meseta de Cuaspud.

Don José María Quijano Wallis, hijo del Ministro de Relaciones de los Estados Unidos de Colombia, don Manuel de Jesús ya citado, refiere en sus "Memorias" cómo el general Mosquera escogió con cierta manera napoleónica, el sitio a propósito para vencer a Flores y cómo envió dos órdenes, falsa la primera y auténtica la segunda, al general Payán "quien se hallaba con la vanguardia del ejército en Tulcán", estratagema que engañó

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

al venezolano y lo determinó a combatir en el lugar escogido. Bien se ve que pudo ocurrir una especie de traba-recuerdos en la mente de don Manuel de Jesús o un error de copia en las memorias de su hijo, pues Tulcán fue centro de operaciones del ejército ecuatoriano; allí actuaba con la retaguardia y la intendencia el coronel Teodoro Gómez de la Torre y la última carta que este notable militar escribió a Flores, salió de Tulcán para Chautalá el 5 de diciembre, con este texto brevísimo: "Acaba de llegar Campiño, quien me ha entregado su última comunicación, y por ella veo que hoy daremos buena cuenta con nuestro amigo don Tomás y así lo espero, porque usted lo promete. Su afectísimo amigo de corazón...". Además, Tulcán fue tomado en la tarde del 6 por el coronel colombiano Currea con el batallón Palacé y un escuadrón de Guías, logrando hacer 100 prisioneros y ocupar un depósito de víveres, armas, vestuario y municiones. Por último, en ninguna parte aparece mencionado el general Payán, tampoco en el decreto del 7 de diciembre que declaró Beneméritos de la Patria a los soldados de Cuaspud.

Si no estamos equivocados, el 6 de diciembre fue un domingo y no estuvo el cielo tan bajo y gris como suele estarlo en aquellas regiones durante buena parte del año, de tal modo que las dianas debieron resonar con tono alegre y exaltante, gracias a la alegría del sol y al anticipado gusto del combate, encendido ya en el pecho los contendientes. Husmeando la batalla, los capellanes ecuatorianos no perdían vuelta ni minuto en su oportuna tarea de recordar a los soldados de don Gabriel su obligación cristiana de derrotar a la tropilla de excomulgados que comandaba don Tomás Mosquera, vasallo y agente del Maligno, individuo infernal, herético y "mascachochas", de quien gracias a la bravura del general Flores y gracias también a la camándula de don Gabriel García Moreno, iba a quedar por fin libre la cristiandad. Así, pues, no se cansaban en animar a las tropas con proclamas singulares destinadas a cubrir todos los frentes, tanto los físicos como los espirituales: "¡Adentro, muchachos, bala y padrenuestros!".

La descripción de la batalla la hizo el escritor ecuatoriano doctor Pablo Herrera y quedó consignada también en el parte del general Flores. Veamos cómo le quedó al primero, para pasar luego a la versión colombiana: "Mosquera se puso en movimiento hacia Carlosama, esto es, dirigiéndose a territorio ecuatoriano para llamar, tal vez la atención del general Flores

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

y hacer que regresara con sus fuerzas a defender las fronteras de la República. A consecuencia de este movimiento se trabó el combate no previsto y desgraciado para el Ecuador. Los dos batallones "Vengadores" y "Babahoyo" fueron los únicos que pelearon con tanto ardimiento y valor que triunfaban sobre el enemigo, tocaban dianas y cogían prisioneros, como lo confesó el general Mosquera en el parte que dio a los presidentes de los Estados Confederados. Pero Dios, que es el Dios de las batallas, en un momento decisivo da al que conviene la victoria, muchas veces sin que lo sepa el vencedor, y por esto, todos los pueblos, todos los gobiernos, ya sean cristianos o paganos, católicos o protestantes, invocan casi instintivamente el auxilio del Dios de los ejércitos antes de la batalla y le tributan acciones de gracias después de la victoria. Mientras aquellos batallones combatían con valor, el pánico se apoderó del resto del ejército que estaba a distancia, y los batallones de Imbabura, de Latacunga, etc., huyeron y se dispersaron, y en esta fuga y dispersión introdujeron el pánico en los cuerpos que coronaban la altura de Cuaspud, tocando dianas, y la derrota vino a ser completa".

El 8 de diciembre, desde el Cuartel General en Carlosama, el presidente Mosquera expidió su parte de guerra, dirigido al Procurador de la Nación. Fue un documento largo y minucioso en el que habló de la salida de Pasto, de su caída de un caballo en Santa Rosa, de los diversos movimientos que hubo de ordenar para escoger el sitio de la batalla, de la ración de los soldados, etc. Sus páginas esenciales son las siguientes: "A las ocho de la mañana el ejército estaba organizado en la mesa alta de Cuaspud. Dispuse una variación para salir al encuentro del enemigo y luego que vi situadas tres columnas como de 1.800 hombres y dos mitades de caballería en una pequeña llanura en las faldas de la prominencia indicada, hice marchar al trote la Tercera División, poniendo a su cabeza los Zapadores para que allanasen algunas chambas y que el batallón de guardia Zapadores de Amalia fuese a la carrera a ocupar un vallado, desplegado en cazadores para atacar la vanguardia enemiga. Empeñóse el combate de esta manera a las diez del día y media hora después comenzaban a perder terreno los enemigos por su flanco izquierdo, pero por el derecho avanzaban hasta tomarnos uno que otro prisionero que el arrojo había llevado hasta las filas enemigas, y entonces dispuse que el general Quintana con la Segunda División fuese a reforzar la Tercera por su izquierda

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

y se trabó el combate con mucha bizarría. La Primera División quedaba en reserva con la artillería para ocurrir a donde fuera necesario. Tres veces cargó un cuerpo de caballería enemiga contra nuestros cazadores y lograron lancear unos tres soldados, pero todas tres veces fueron lanceados por nuestros valientes cazadores sin que pudieran llegar nunca a la reserva donde se les esperaba a tres de fondo, para recibirlos cruzadas las bayonetas en caballo de frisa. Aún no se había decidido la batalla en la vanguardia cuando ya los cuerpos de retaguardia del enemigo comenzaban a huir y los que venían más atrás por unos desfiladeros difíciles se desbandaban en diversas direcciones. Desde ese momento consideré obtenido el triunfo y dispuse que el comandante en jefe de la Primera División reforzara el combate con los batallones Voltígeros y Cariaco para decidir la batalla. A las once y media del 6 concluyó el combate. En nuestro poder ha dejado el enemigo 6 piezas de combate, como 2.000 prisioneros de tropa, 164 jefes y oficiales, su parque de infantería y artillería, muchas caballerías, y perdió 900 individuos muertos en el campo, entre los cuales se cuentan los tenientes coroneles Espinosa y Veintimilla. Los heridos pasan de 200. El resto del ejército enemigo, derrotado y disperso, continúa presentándose en mi Cuartel General, pues sólo pudo escaparse el general Flores con 300 hombres de a caballo por la montaña de Guaca, siendo casi seguro que había llegado a Ibarra en su derrota, con muy pocos compañeros. De nuestra parte hemos perdido 11 oficiales muertos, 52 inviduos de tropa y 114 heridos, entre los cuales se encuentran 15 oficiales y el general Bohórquez que aunque era jefe de Estado Mayor de la Primera División, como general de día marchó a la vanguardia. Mi carrera pública ha concluído y luego que se hayan verificado los últimos arreglos en Ibarra o Quito, regresaré a la capital de la República a dar cuenta detallada de mi conducta al Congreso Nacional. No recomiendo el mérito de ningún individuo porque sería imposible hacer distinción entre tantos valientes".

Conviene leer ahora la carta que desde el caserío de Tusa envió el general Juan José al presidente García Moreno el 7 de diciembre, y que pinta patéticamente el drama de Cuaspud. "Mi distinguido amigo: Con profundo dolor comunico a usted la inesperada y vergonzosa derrota que sufrió nuestro ejército ayer a las nueve de la mañana en las inmediaciones del Carchi. Mosquera desfiló de Cumbal a Carlosama, o directamente al Carchi, y yo hice pasar el ejército por un puente que se había

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

formado en el río Blanco, ya fuese para picar su retaguardia o para amenazarle y contenerle por el centro. Hice lo último ocupando la loma de Cuaspud por la vanguardia de los dos 'Vengadores', el 'Número 2' y 200 lanceros. Luego que Mosquera vio este movimiento, hizo alto su ejército y despachó sucesivamente guerrillas y columnas a la loma. Así se encontraron sin pensarlo dichos ejércitos. El de Mosquera cargó al nuestro con varias guerrillas y las del frente fueron rechazadas por los dos 'Vengadores' y 'Babahoyo' que coronó la altura, mas cuando se tocaban dianas por el triunfo alcanzado, la Segunda División o más bien, los batallones 'Chimborazo', 'Oriente', etc., se ponían en derrota por un flanco e introducían pánico entre los ya vencedores. En vano se intentaron algunas cargas de caballería y en vano algunos jefes esforzados trataron de contener la derrota que se generalizó a la desbandada. Así, el desastre fue completo, porque el enemigo estaba interpuesto entre nosotros y el Carchi. Yo salí por la puerta de Pastás con el general Maldonado, los coroneles Darquea, Salvador y Salazar y con otros pocos jefes.

"Estoy tan pesaroso y avergonzado de una derrota tan inesperada que deseo no volver a mandar ningún ejército más, esto es, después de contribuir a salvar la Patria en la actualidad, y me aflijo con tanta más razón cuanto preveo las consecuencias para el Ecuador y para el pobre Erazo con su División. Sin embargo, me propongo establecerme en Ibarra para reunir la gente que queda y defender el Chota. También escribo a Mosquera proponiéndole la paz por conducto del coronel Salazar, y usted puede considerar lo que sufrirá mi amor propio. Lo único que debe consolarnos es que algunos cuerpos se batieron bien y que no faltaron jefes que llenaron su deber con exceso. El general Maldonado y el coronel Darquea se empeñaron por el frente y el coronel Salazar por la izquierda. Murieron con valentía al comandante Espinosa, de 'Vengadores', el capitán Ramírez de Ventana, el mayor Veintimilla, el joven Sucre, de 'Babahoyo' y muchos subalternos. El combate duró hora y media. Supongo la impresión que hará en usted esta carta, pero no debemos desesperar de la salud de la Patria. Comuníqueme sus órdenes, que las obedeceré en Ibarra, donde espero me remita las fuerzas que pueda disponer".

La noticia llegó a Quito el día 8, en los precisos momentos en que se efectuaba una rogativa a los seres sobrenaturales por el triunfo. Asistía el régimen en pleno, con fuerte golpe de

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

ad-láteres, gentes de sociedad y del pueblo, además de sacristanes y cofradías, y no quedó nadie en la calle cuando cundió la desgraciada información, ni un grano de incienso en los incensarios, ni una llama en las velas, ni un kyrie en la boca de las beatas, desde luego que el susto fue colectivo y súbito, y manifiesta la inutilidad de la procesión.

Ningún vencedor fue tan magnánimo como Mosquera, no cobró su victoria, no humilló a los vencidos. Todo lo contrario: les ofreció un tratado, perfecto trasunto de toda posible generosidad y que fue firmado en la hacienda de Pinsàquí el 30 de diciembre. Cualquiera creería que "Colombia fue la vencida", dice el señor Cordovez. Por otra parte dispuso que la columna dórica que debía ser construída en Cuaspud con leyendas conmemorativas, en fin de cuentas no fuera levantada para no herir la susceptibilidad ecuatoriana. Cuando mucho, los participantes en la batalla habían de recibir una medalla de honor en forma de cruz, con la inscripción "Colombia a sus defensores, 6 de diciembre de 1863", que, en plata para los soldados, oro para los oficiales, esmalte azul para los jefes hasta teniente coronel, esmalte encarnado para los coroneles y blanco para los generales, llevarían al cuello pendiente de un cordón con los colores nacionales.

Todo fue, pues, benevolencia, todo demostraciones positivas de amitad que más tarde García Moreno había de corresponder con ingratitud insolente, dando razón al refrán que asegura que "mal paga el diablo a quien bien le sirve". "Después de Cuaspud —escribió el general Mosquera al presidente del Senado— puse en libertad más de tres mil prisioneros de guerra, para dar con ello una prueba al gobierno del Ecuador, de que después de la victoria sólo pensaba en afianzar la paz". Y desde Ibarra expidió el 3 de enero de 1864, una proclama en que decía: "Compatriotas, hoy marcho con el ejército para Colombia, dejando en tierra ecuatoriana amigos y aliados, y olvidados los agravios y disgustos que pudieron ocasionar tristes sucesos que nos llevaron al campo de batalla. Yo os conjuro a nombre de la libertad para que olvidéis cuanto pudo causar la guerra fratricida entre los dos pueblos colombianos y a que estrechados por mutuas relaciones demos ejemplo de cordial reconciliación".

Conviene tener presente para apreciar en su cabal medida el triunfo de Mosquera, que su situación era realmente peliaguda, con el ejército de Flores y todo el Ecuador al frente, con

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

el coronel José Veintimilla dueño de Tumaco, y con la División del general Erazo en Pasto, para no mencionar varios focos contra-revolucionarios en el resto del país. aparte de la prisión y el escarnio del presidente, un revés en Cuaspud habría tenido por consecuencias el aniquilamiento del ejército, una nueva revolución en Colombia con todas las de triunfar, y la imposición de una frontera en el Guáitara para realizar las doradas ambiciones del general Juan José Flores que, gracias al Mariscal Sucre, era también de los vencedores en la célebre jornada del Portete de Tarqui. De modo, pues, que el gran general se la jugó toda, en paro, como suele decirse, y la victoria premió su osadía.

A propósito, ¿qué le ocurrió a la División del general Erazo y de los coroneles Manuel María y José del Carmen López? Que tuvo que rendirse, mientras sus jefes y los numerosos colombianos de que estaba compuesta ponían pies en polvorosa, menos tres que fueron fusilados en Pasto. Persiste en esta ciudad la leyenda de que a uno de los tres desdichados le dispararon en blanco los soldados de la escuadra encargada de fusilarlo y aparentando estar bien muerto, cadáver, difunto, se dejó colocar en un ataúd donde quiso la mala suerte que lo viera el comandante Jenaro Materón, hombre caritativo, incapaz de un acto vituperable. Según parece, el supuesto cadáver sufría de un tic nervioso en una mejilla, tic inoportuno, irresistible, maldito y trágico, que vino a producirse en el momento de la inspección. Conmovido el comandante Jenaro y con la intención piadosa de evitar que enterraran vivo al traidor, le descerrajó un tiro de revólver en la frente, con el cual se suspendió el tic para siempre...

Aquella hermosísima comarca cumple hoy un gran destino al servicio de los hombres, su tierra fértil los ayuda prodigiosamente con sus inagotables privilegios y nada hay allí que recuerde la jornada del 6 de diciembre de 1863. Pero en los alrededores de Cuaspud no faltan campesinos que aseguran haber oído, cuando el paisaje se halla estático y las condiciones de la luz y del viento son idénticas a las que tuvieron en aquella fecha remota, roncas voces de mando, galopar sordo de caballos, descargas de fusilería, dianas y tambores, como si por un fenómeno de permanencia la batalla hubiera quedado grabada en las piedras, en los ecos, en las formas variadas del campo en que se libró.

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.